

siciones. Despues de haber perseguido en vano al rey, se encontraba á su vez en peligro aquel favorito de la junta. En cuanto supo Cárlos que se habian separado los dos generales del parlamento, y que solo debia hacer frente á uno, se detuvo, escribió al príncipe Roberto que acudiese prontamente al socorro de York, y tomando una resolucíon atrevida volvió á entrar en York á los diez y siete dias de su salida, se puso á la cabeza de sus tropas, y tomó la ofensiva; mientras Waller le buscaba todavía en el condado de Worcester. Al rumor de los movimientos del rey, volvió apresuradamente el parlamentario, como que solo él quedaba para cubrir el camino de Lóndres; reunió algunos refuerzos, y se adelantó con su acostumbrada confianza para ofrecer ó aceptar al menos el combate. Cárlos y los suyos, animados del ardor que inspira una ventaja inesperada despues de un grave riesgo, lo deseaban aun mas vivamente. La accion se empeñó el 29 de junio en Copredybridge, condado de Buckingham, y á pesar de una honrosa resistencia, fue batido Waller, mas completamente aun de lo que creyeron al principio los vencedores.

La fortuna pareció inspirar á Cárlos una osadía y una táctica hasta entonces desconocida. Tranquilo tocante á Waller, resuelve marchar al Oeste, acosar á Essex, y destruir de esta manera en detall á dos ejércitos que poco antes casi le tenian prisionero. Por otra parte el conde se habia presentado junto á Exeter, residencia de la reina, que recién parida ignoraba los movimientos de la campaña, y volveria á sus terrores. Dos dias despues de su victoria se puso Cárlos en movimiento, y al propio tiempo para hacer agradable al pueblo su victoria mas que por un sincero deseo de la paz, dirigió desde Evesham un mensaje á las cámaras, en que sin darles el nombre de parlamento se deshacia en protestas pacíficas, y ofrecia volver á abrir las negociaciones.

Pero, antes que este mensaje llegase á Lóndres, se habia desvanecido todo motivo de recelo: la derrota de Waller era ya considerada como un accidente de poca importancia; el parlamento acababa de saber que sus generales habian alcanzado junto á York la mas brillante victoria; que la ciudad no podia tardar en rendirse, y que por fin estaba casi aniquilado el partido realista del Norte.

En efecto, el 2 de julio en Marston-Moor tuvo lugar desde las siete hasta las diez de la noche una batalla decisiva que debia producir resultados de la mayor consecuencia. Tres dias antes, al acercarse á York el príncipe Roberto con 20,000 hombres, estaban decididos los parlamentarios á levantar el sitio, anhelando solo que no entrasen socorros en la

plaza; pero el príncipe burló sus planes, y entró en York sin combatir. Newcastle le instó vivamente á que se contentase con tan feliz resultado, pues la discordia, decia, fermentaba en el campamento enemigo; los escoceses estaban mal con los ingleses, los independientes con los presbiterianos; y el teniente general Cromwell con el mayor-general Crawford; por último le rogaba que si insistia en presentar la batalla aguardase á lo menos un refuerzo de 3,000 hombres que llegaria dentro de pocos dias. Roberto apenas se dignó escucharle; respondió que tenia órdenes del rey, y mandó á sus tropas que marchasen sobre el enemigo que se iba retirando. Pronto alcanzaron su retaguardia, y ambos ejércitos se prepararon para el combate. Casi á tiro de fusil y separados solo por algunas zanjas, permanecieron inmóviles y silenciosos los combatientes por espacio de dos horas, esperando mutuamente el ataque. «¿A qué punto me destina V. A.? preguntó Newcastle al príncipe.—No cuento empeñar la accion hasta mañana por la mañana, le dijo Roberto; podeis descansar hasta entonces.»

Newcastle se retiraba, cuando el tiroteo le dió á conocer que la batalla habia principiado, y acudió allá á la cabeza de algunos gentil-hombres ofendidos y voluntarios como él. En pocos instantes todo fue horroroso desórden en la llanura: los dos ejércitos se mezclaron casi al azar; parlamentarios y realistas, infantería y caballería, oficiales y soldados, todos andaban errantes ó por bandadas, pidiendo órdenes, buscando á sus cuerpos, batiéndose cuando encontraban al enemigo; pero tan sin resultado como sin plan. De repente se declaró en derrota el ala derecha de los parlamentarios; la caballería escocesa, rota y aterrada por una valiente carga de los realistas, se dispersó completamente: en vano quiso Fairfax contenerla; los escoceses huían exclamando: ¡Somos perdidos! Esparcióse rápidamente la noticia de su derrota hasta llegar á Oxford, donde hubo algunas horas de regocijo. Pero, al volver al campo de batalla los realistas lo encontraron en poder de un enemigo vencedor; el ala derecha, aunque mandada por el mismo Roberto, habia sido arrollada despues de encarnizada lucha por el tenaz arrojo de Cromwell y de sus escuadrones; la infantería de Manchester habia consumado la derrota; y contento Cromwell con la ventaja, habia vuelto al campo para asegurarse la victoria antes de lograr sus frutos. Titubearon un momento los dos cuerpos victoriosos, se cargaron con furor; pero á las diez no quedó un realista en toda la llanura, esceptos 3,000 muertos, y 1,600 prisioneros.

Roberto y Newcastle entraron aquella misma noche en York sin verse, y se dirigieron mutuamente un mensaje: «He resuelto, escribí el príncipe, partir con mi caballería y lo que me queda de infantería.—Parto al momento, escribió Newcastle, á embarcarme para el continente.» Ambos cumplieron su palabra: Newcastle se embarcó en Scarborough, y Roberto se puso en marcha para Chester con los restos de su ejército: York capituló á los quince dias.

El partido independiente se entregó al júbilo; tan brillante jornada se debia á sus jefes y á sus soldados; la pericia de Cromwell habia decidido la victoria. Por la vez primera los escuadrones parlamentarios habian arrollado á los realistas, y esto se debia á los ginetes de Cromwell: sobre el campo de batalla habian recibido el nombre de *troncos de hierro*. El mismo estandarte del príncipe Roberto atestiguaba su triunfo; y hubiera podido enviar otros ciento á las cámaras si en su entusiasmo no los hubiesen los parlamentarios destrozado para adornarse. Essex habia vencido dos veces, pero como á la fuerza y para salvar al parlamento próximo á sucumbir; mas los independientes buscaban el combate y los peligros. ¿Esos escoceses, que tan débiles se habian mostrado en aquella brillante jornada, pretenderian acaso someterlos á su tiranía presbiteriana? ¿Se hablaría aun de la paz como de una necesidad? Solo la victoria y la libertad eran necesarias; esto era lo que se debia conquistar á todo precio, consumando la feliz reforma tantas veces comprometida por hombres interesados ó tímidos, y otras tantas salvada por el brazo del Señor. En todas partes resonaba este lenguaje; doquier los independientes, libertinos ó fanáticos, paisanos, predicadores ó soldados, espresaban sus pasiones y sus sentimientos y en todo se mezclaba el nombre de Cromwell que empezaba á ser famoso en guerra y en política. «Milord, dijo un dia á Manchester, en quien confiaba todavía su partido, entregaos á nosotros; no digais ya que debe mirarse por la paz, contemporizarse con los lores, y temerse una negativa del parlamento; ¿para qué necesitamos la paz y la nobleza? Nada adelantaremos mientras vos no os llameis simplemente Montague; si favoreceis á los hombres honrados, pronto os encontrareis á la cabeza de un ejército que dará la ley á Carlos y al parlamento.»

A pesar de tan aventuradas esperanzas ignoraba el mismo Cromwell cuan cercano estaba el triunfo de su partido, y la triste suerte que le esperaba al enemigo á quien mas temia.

Essex se habia ido internando en el Oeste tras fáciles ventajas, desconociendo los peligros que le acosaban. En tres semanas hizo levantar el

sitio de Lyme, ocupó á Weimouth, Barnstaple, Tiverton y Taunton, y dispersó casi sin combatir los cuerpos realistas que intentaban detenerlo. Al acercarse á Exeter le envió á pedir la reina un salvo-conducto para pasar á Bath á rehacerse de su parto. «Si V. M., le respondió, quiere pasar á Lóndres, no solo la ofrezco un salvo conducto, sino que la acompañaré yo mismo; allí recibirá los mejores consejos y desvelos para el restablecimiento de su salud: si otra cosa se me pide no puedo acceder á ello sin participarlo al parlamento.» Llena de terror la reina huyó á Talmouth, donde se embarcó para Francia, y Essex siguió su marcha. Todavía estaba á la vista de Exeter, cuando supo que el rey, vencedor de Waller, se adelantaba rápidamente contra él, reuniendo cuantas fuerzas encontraba. Convocóse un consejo de guerra para decidir si se debia seguir adelante ó salir al encuentro de Carlos. Essex se inclinaba á esto último; pero muchos oficiales que poseian bienes en Cornouailles, hácia cuyo punto marchaban, se habian propuesto cobrar su rentas atrasadas, y desecharon toda idea de retirada, diciendo que Cornouailles se sublevaría á su favor, perdiendo el rey uno de los condados que le eran mas adictos.

Essex se dejó persuadir, y se internó en formidables desfiladeros, escribiendo á Lóndres que le enviasen refuerzos. El pueblo de Cornouailles no se levantó á su favor, el ejército carecia de víveres, y el rey le acosaba de cerca. Escribió de nuevo á Lóndres que su situacion era peligrosa y se hacia forzoso que Waller ó algun otro picase la retaguardia del ejército del rey para sacar al suyo del aprieto. La junta de ambos reinos movió gran ruido con sus apuros, y pareció animada de sumo ardor para socorrerlo: se prescribieron públicas rogativas; se pasaron órdenes á Waller, Middleton y al mismo Manchester, que habia vuelto del Norte con parte de su ejército: todos á su vez manifestaron el mayor ardimiento: «Que me envíen dinero y hombres, escribia Waller; testigo el cielo, que no es por culpa mia si tardo; ¡caiga el deshonor y la sangre sobre los que motiven mi retardo! Si no me llega dinero, iré sin él;» pero no se movió. Middleton usó el mismo lenguaje, se puso en movimiento, pero se detuvo al menor obstáculo. Manchester no destacó ningun cuerpo de su ejército. Asegurados con la victoria de Marston-Moor los jefes de los independientes; Vane, Saint-John, Ireton y Cromwell, nada les importaba, comprar con un gran descalabro la ruina de su enemigo.

Sabian que aun en estos momentos de apuro tenia Essex su suerte en las manos. El 6 de agosto le dirigió el rey una carta muy cortés y llena

de promesas, en que le instaba á que volviese la paz á su país. Llevósele lord Beauchamp, sobrino del conde, y parecia que la recibian favorablemente muchos coroneles de su ejército. «No puedo contestar, dijo Essex; solo aconsejaré al rey que vuelva al parlamento.» Carlos no insistió; quizás aun, á pesar del desastre de Marston-Moor, deseaba muy poco la intervencion de tal mediador; pero en torno suyo habia obstinados partidarios de la paz; el espíritu de independencia y de exámen dominaba entre los realistas; el nombre del rey no ejercia ya sobre ellos su antiguo imperio, y muchos oficiales discutian libremente en sus reuniones los negocios públicos y sus voluntades.

Persuadidos á que si habia Essex desechado toda negociacion era porque las promesas del rey se le presentaban sin garantía, determinaron ofrecérsela, y le invitaron á conferenciar con ellos. Lord Wilmot y lord Piercy, comandantes de caballería y de artillería, estaban al frente de esta trama; era el primero de estos, osado, animoso y estimado por su alegre afabilidad, y el otro se distinguia por su carácter frio, arrogante, por su audacia y por su aficion á dar banquetes á sus oficiales. Al saber Carlos este proyecto se encolerizó; pero la intencion gustaba aun á los mismos que la criticaban y por lo tanto se tomó el partido de consentir: la carta que se envió al lord-general tenia un carácter oficial, é iba firmada por el príncipe Mauricio y el conde de Brentford, general en jefe del ejército. «Milores, respondió Essex, al principio de vuestra carta hablais de la autorizacion que teneis para dirigirmela, tocante á mí, no me ha dado ninguna el parlamento, y no podria hacerlo sin ser traidor á mi juramento. Vuestro servidor Essex.» Tan seca negativa irritó á los realistas y ya no se habló mas de negociacion; Wilmot y Piercy perdieron sus mandos, y volvieron á empezar las hostilidades.

Pronto se encontró Essex en una situacion desesperada: combatia diariamente, y solo para caminar de peligro en peligro; se cansaban sus soldados y se empezaba á murmurar; los estrechaba cada vez mas el rey, levantando reductos; se veia ya la caballería imposibilitada de ir por forraje; apenas le quedaban libres algunas comunicaciones con la costa, que es por donde solo podia procurarse víveres; y á últimos de agosto estaba ya tan acosado, que los realistas podian ver lo que pasaba en su campamento. En tal estremidad, mandó á la caballería, á cuyo frente estaba sir Willian Balfour, que atravesase como pudiese entre los enemigos, y se puso en marcha con la infantería para llegar al puerto de Foy. A favor de la noche y de la niebla, logró pasar la caballería entre do-

cuerpos realistas; pero la infantería, internada por caminos estrechos y fangosos, perseguida por el ejército del rey, y obligada á abandonar á cada paso cañones y bagajes, perdió en fin toda esperanza, y se habló de capitular. Abatido Essex, turbado, y anhelando solo sustraerse á tanta humillacion, huyó sin consultar á nadie, seguido solo de dos oficiales, ganó la costa y se embarcó para Plymouth, dejando su ejército á las órdenes de Skippon, mayor-general.

En cuanto se supo su partida, convocó este un consejo de guerra: «Señores, dijo, nuestro general con algunos principales jefes ha juzgado conducente abandonarnos; nuestra caballería ha partido, y nos encontramos solos para defendernos: he aquí lo que os propongo: tenemos tanto valor como nuestra caballería y podemos confiar en que ha de ayudarnos el mismo Dios en quien aquella funda su esperanza; probemos pues fortuna; abrámonos paso al través del enemigo: vale mas morir con honor que salvarse con mengua.» Pero el heroismo de Skippon no encontró eco: muchos oficiales, valientes y leales, pero presbiterianos ó moderados como Essex, estaban tristes y desalentados. El rey les hizo proponer una capitulacion inesperada; solo exigia que se le entregase la artillería, las municiones y las armas; por lo demás, oficiales y soldados quedaban libres, y serian conducidos con seguridad hasta los cuarteles del parlamento. Aceptáronse estas condiciones, y escoltados los batallones parlamentarios por escuadrones realistas, atravesaron desarmados y sin general esos condados que en otro tiempo habian recorrido como vencedores.

Entre tanto desembarcó Essex en Plymouth, y dió cuenta al parlamento de su desastre: «Es el golpe mas terrible, decia, que haya recibido jamás nuestro partido; solo deseo ser juzgado: tales desgracias no deben ser sofocadas.» Ocho dias despues recibió en Lóndres esta respuesta:

«Milord: la junta de ambos reinos ha comunicado á las cámaras del parlamento vuestra carta fecha en Plymouth, y nos manda manifestaros que, comprenden la gravedad de esta desgracia, pero que se someten á la voluntad de Dios, y que en nada habeis desmerecido su confianza fundada en vuestros méritos y en vuestra lealtad. Han resuelto hechar mano de sus mas enérgicos esfuerzos para reparar esta pérdida, y confiaros un ejército que con la bendicion de Dios pueda poner en mejor estado nuestros negocios. El conde de Manchester y sir William Waller han recibido orden de marchar con todas sus tropas á Dorchester. El parlamento ha

mandado asimismo que se os envíen 6,000 fusiles, 6,000 uniformes y 500 pares de pistolas, para equipar y reanimar á vuestros soldados. Creen todos que vuestra permanencia en este condado, para reorganizar y poner en movimiento los distintos cuerpos, tendrá los mas saludables efectos.»

Grande fue la sorpresa del conde : esperaba persecuciones, ó cuando menos amargas quejas; pero su fidelidad recientemente probada, la grandeza misma de su descalabro y la necesidad de hacer frente al enemigo, unia á sus partidarios los hombres vacilantes, y contenia á sus enemigos. Essex, afligido por su desgracia y por su falta, ya no les parecia temible : le conocian, y preveian que pronto para no esponerse á golpes tan terribles abandonaria el campo. Hasta entonces, tratándole con dignidad se daba muestras de energia; se evitaba una informacion desagradable tambien acerca de las causas del acontecimiento; y por último se empeñaba á hacer un nuevo esfuerzo á los partidarios mismos de la paz. Tan hábiles como ardorosos los jefes de los independientes, callaron, y el parlamento pareció sostener con unánime dignidad tamaño desastre.

La actividad y la firmeza de su ademan paralizaron un tanto los movimientos del rey, quien dirigió á las cámaras un mensaje pacífico, y se contentó despues con amenazar algunas plazas, como Plymouth, Lyme, y Porstmouth, que se rindieron. Mas á últimos de setiembre supo que Montrose habia por fin encendido la guerra civil en Escocia, y alcanzaba ventajas.

Despues de la batalla de Marston-Moor, disfrazado de criado, y seguido solo de sus amigos, habia aquel jefe pasado á pié la frontera de Escocia dirigiéndose a Strathern á casa de un primo suyo, para aguardar el desembarco de los auxiliares irlandeses que Antrim debia enviarle. Ocultábase de dia, y andaba de noche errante por los cercanos montes, oyendo en persona las relaciones de sus confidentes. Pronto supo que habian desembarcado ya los irlandeses, y que se adelantaban robando y saqueando, pero sin saber donde dirigirse, y buscando á su vez el general que se les habia prometido. Acercábanse al condado de Athol; se les presentó de repente Montrose en traje de montañés, y acompañado de un solo criado : al instante le reconocieron por jefe. Al rumor de su llegada acudieron muchas bandas, y sin perder momento las llevó al combate, exigiéndolo todo de su valor, y prometiéndolo todo á su rapacidad : quince dias despues habia ganado dos batallas, ocupado á Perth,

tomado por asalto á Aberdeen, sublevado las tribus del Norte y llevado el terror hasta las murallas de Edimburgo.

Al saber estas noticias, se lisonjeó Carlos de que estaba reparado el desastre de Marston-Moor, que el parlamento encontraria pronto en el Norte un poderoso contrario, y que él podia sin temor continuar sus correrias por el Mediodía. Resolvió marchar sobre Lóndres, y para dar á su expedicion una apariencia popular y decisiva, publicó al partir una proclama invitando á todos sus súbditos del Mediodía y del Este á levantarse en masa, elegirse oficiales, y reunirsele, para ir á intimar con él á las cámaras que aceptasen por último la paz.

Pero estas habian tomado sus medidas : ya las tropas de Manchester, de Waller y de Essex reunidas cubrian á Lóndres hácia el Oeste; jamás el parlamento habia reunido tan grande ejército en un solo punto; y aun, al rumor de la proximidad del rey, le reforzaron cinco regimientos de la milicia de Lóndres bajo las órdenes de sir James Harrington. Estableciéronse al propio tiempo nuevos pechos; la cámara baja decretó que la vajilla del rey, hasta entonces depositada en la torre, se fundiese para el servicio público. Por último, cuando se supo que ambos ejércitos estaban á la vista, se cerraron las tiendas, el pueblo se precipitó á los templos, y se prescribió un ayuno solemne para invocar las bendiciones del Señor tocante á la próxima batalla.

En el campo y en la capital se esperaban con impaciencia los resultados : solo Essex, triste y enfermo, permanecia inmóvil en Lóndres, si bien que revestido del mando. Informadas las cámaras de que no partia, le enviaron una comision para darle pruebas de su afectuosa confianza. Essex les dió gracias, pero no salió para el ejército. La batalla se empeñó en su ausencia á Newbury, el 27 de octubre, casi en las mismas posiciones donde el año anterior al volver de Glocerter habia vencido tan gloriosamente. En su ausencia mandaba lord Manchester. La accion fue larga y encarnizada; los soldados de Essex sobre todo hicieron prodigios; al ver los cañones que habian perdido en el condado de Cornuailles se precipitaron sobre las baterias reales, recobraron las piezas, y se las llevaron abrazándolas con transporte. En cambio sufrieron un fuerte descalabro algunos regimientos de Manchester. Por algunas horas ambos partidos se atribuyeron la victoria; pero al dia siguiente renunció Carlos á sus proyectos sobre Lóndres, y empezó su movimiento de retirada para ir á Oxford á tomar cuarteles de invierno.

El parlamento no exageró en nada su triunfo; no se celebró ninguna

ceremonia en accion de gracias, y al dia siguiente de aquel en que llegó á Lóndres la noticia de la batalla, tuvo lugar segun costumbre el ayuno mensual de las cámaras, como si ningun motivo hubiese de regocijo. El público se admiraba de tanta frialdad. Pronto circularon rumores alarmantes: la victoria, decian, hubiera podido ser mas decisiva, pero la discordia reinaba entre los generales, y habian permitido que se retirase el rey sin obstáculo al resplandor de una clara luna, cuando hubiera bastado el menor movimiento para impedirselo. La murmuracion llegó al extremo cuando se supo que el rey se habia vuelto á presentar en los alrededores de Newbury; que habia sacado libremente su artilleria del castillo de Donington, y aun ofrecido de nuevo la batalla sin que el ejército saliese de su inmovilidad.

El clamor fue general; la cámara baja ordenó una informacion: solo esta coyuntura aguardaba Cromwell para romper el silencio: « Todo debe imputarse, dijo, al conde de Manchester; desde la victoria de Marston-Moor teme vencer por decirlo asi; cuando el enemigo reapareció junto á Newbury nada era mas fácil que destruir enteramente su ejército; fui en busca del general, le manifesté como podia lograrse, pedí permiso para atacar con mi sola brigada, otros oficiales insistieron conmigo; pero se negó obstinadamente, y añadió, que el rey aunque destruyésemos su ejército siempre seria rey, y pronto encontraria otro, mientras que si nosotros eramos batidos, seriamos considerados como rebeldes y traidores y seriamos infaliblemente condenados en virtud de la ley.» Estas últimas palabras conmovieron vivamente á la cámara, pues no podia sufrir que se dudase de la legalidad de su resistencia. Al dia siguiente rechazó Manchester el ataque en la cámara alta, esplicó su conducta y sus palabras, y acusó á su vez á Cromwell de indisciplinado, de falso, y aun de traidor y pérfido, puesto que el dia de la batalla no ocupó el punto que se le habia señalado. Cromwell no respondió á estos cargos limitándose solo á renovar sus violentas acusaciones.

Grande fue la emocion entre los presbiterianos: hacia ya tiempo que Cromwell era objeto de sus alarmas. Se le habia visto sumiso y adulador con Manchester, exaltándole contra Essex, y adquiriendo despues sobre su ejército mas ascendiente que el mismo general. A él acudían los independientes, los sectarios de todos colores, tan enemigos del pacto con Escocia y los del rey; bajo su proteccion dominaba una licencia fanática; todos hablaban, oraban y predicaban á su placer. En vano para neutralizar su influencia se habia nombrado mayor-general al coronel

Skeldon Crawford, escocés y rigido presbiteriano, pues solo habia sabido acusar locamente á Cromwell de cobardía, mientras él mismo fue blanco de mil acusaciones y denunciaciones al parlamento y al pueblo.

Animado Cromwell con esta ventaja y los visibles progresos de su partido, se habia declarado abiertamente patrono de la libertad de conciencia, y habia obtenido de las cámaras la formacion de una junta encargada de indagar como se podria contentar á los disidentes ó dejarlos en paz. Ahora atacaba ya al mismo Manchester, hablaba con insulto de los escoceses, se envanecia de poder triunfar sin ellos, de sacarlos de Inglaterra si pretendian oprimirle, y llegaba su audacia hasta declararse contra el trono, contra los lores, y contra todo el orden antiguo y legal del país. Irritados é inquietos los jefes de los presbiterianos y políticos moderados, se reunieron en casa de Essex para discutir de que modo podrian librarse de tan peligroso enemigo. Despues de una larga conferencia resolvieron consultar á Withelocke y Maynard, ambos sabios jurisconsultos, acreditados en la cámara, y que no sin motivo creian ser favorables á su causa. Se les envió á buscar de parte del lord-general, casi á media noche, sin decirles de que se trataba. Llegaron algo agitados por lo extraordinario del llamamiento. « Señores, les dijo lord Lowden, canceller de Escocia, bien sabeis que el teniente general Cromwell no ha cesado de hacernos odiosos desde nuestra entrada en Inglaterra; tampoco ignorais que odia á todos nosotros y al lord-general, por tantos títulos respetable, y finalmente sabeis que segun nuestro pacto debe ser perseguido todo *incendiario*. Por tal reputan las leyes de Escocia al que escita la discordia. Deseamos saber de vuestra ilustracion si tiene esa palabra la misma acepcion segun las leyes inglesas, si puede aplicarse contra Cromwell, y si debe por tanto ser perseguido.»

Los dos jurisconsultos se miraron, y despues de algunos momentos de silencio: « Ya que nadie toma la palabra, dijo Whitelocke, diré mi parecer para probar mi sumision á S. E. La palabra *incendiario* tiene entre nosotros la misma acepcion que entre los escoceses; pero solo probando que Cromwell ha procurado escitar la discordia entre los dos reinos podrá decirse que merece esta calificacion. Seguramente que ni S. E. ni nadie entrará en tal cuestion sin fundamento sólido.

Fuera de que, Cromwell es osado, hábil, muy fecundo en recursos, y ha adquirido últimamente mucha influencia en la cámara: seguramente que tampoco le faltarán entre los lores amigos para sostenerlo. Por mi parte no he oido ni tengo la menor noticia de ningun hecho que